

Chantal Maillard

Los hombres son hierba

Utopías

Cinco ratones ciegos
Breviario n° 2



Galaxia Gutenberg

CHANTAL MAILLARD

Los hombres
son hierba

Utopías

Cinco ratones ciegos
Breviario n.º 2



Galaxia Gutenberg



Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2026

© Chantal Maillard, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 584-2026
ISBN: 979-13-87605-88-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

PREÁMBULO	9
LOS HOMBRES SON HIERBA. UTOPIÁS	15
HABLEMOS DE DEMOCRACIA	37
Hobbes no conocía a los lobos	39
La falacia democrática	45
La moral del semejante.	51
La lengua más afilada	57
Malas prácticas. A golpe de estandarte . .	63
¿Qué se entiende por pensar libremente?	67
La vida de l̥s hij̥s. Acerca de la pertenencia	73
Sísifo y la muerte	77
Acerca de lo colectivo.	83
Acerca de la dignidad	87
Pensar como pulpo.	97

PREÁMBULO

Hoy, mientras retomo la palabra en esta página, caen bombas sobre los escombros de Gaza, sobre sus hospitales, sus escuelas, sus últimos refugios, y los cuerpos siguen estallando por los aires. En los noticiarios, los muertos dejaron de contarse. Hace ya décadas que Gaza se convirtió en una prisión a cielo abierto. Ahora es un campo de exterminio. Los que aún siguen vivos aprenden que un día más de vida es un día más en los horrores del infierno. Entretanto, los gobiernos del mundo, con su lengua bífida, articulan, por un lado, tenues advertencias mientras que, por otro, conciertan acuerdos para proporcionar material bélico al ejército de un Estado que tan impune se sabe que no duda en extender la masacre de acuerdo con las indicaciones de sus antiguas y muy convenientes Escrituras: «En cuanto a las ciudades de esos

pueblos que Yahveh tu Dios te da en herencia, no dejarás nada con vida» (*Deuteronomio*, 20, 16-17). El dios de Moisés, ciertamente, nunca fue compasivo.

De la necesidad de superar la estrecha moral del semejante («no hagas al prójimo –prójimo– lo que no quieras para ti»), he hablado extensamente en otra parte.¹ Es evidente que, si queremos evitar las contiendas, el remedio pasa, como comentaba allí, por ampliar los marcos de pertenencia rompiendo los estrechos cercos (llámense patria, raza, nación, partido, grupo, etcétera) dentro de los cuales nos guarecemos. Hasta hace poco, y a pesar de las múltiples pruebas de lo contrario, pensé que nos situábamos en un momento de nuestra (breve) Historia en el que sería posible ensanchar esos cercos, y no sólo los más inmediatos, también aquellos que nos confinan en los estrechos límites de nuestra propia especie. Me doy cuenta ahora de mi ingenuidad. No sólo no hemos salido del más estrecho de los cercos, el del prójimo-prójimo, sino que lo hemos fortalecido.

1. Ver *¿Es posible un mundo sin violencia?*, Vaso Roto, 2018, y *Decir los márgenes*, Galaxia Gutenberg, 2024.

Tampoco parece que hayamos mejorado mucho, desde los tiempos pretéritos, en el modo de gestionar nuestras sociedades. Para algunos, la defensa del sistema europeo forma parte aún de la ideología misionera de quienes, creyendo firmemente en la superioridad de su cultura, desean verla adoptada por el mundo entero —siempre que ese mundo tenga, por supuesto, algo que ofrecer a cambio. Su cultura, sin embargo, a la hora de la verdad, no pasa de ser un bonito discurso; su paz, el disfraz, intramuros, de las atrocidades que se siguen perpetrando extramuros; su justicia, la reglamentación de sus conveniencias; su libertad, un producto que se vende barato; su democracia, una parodia televisiva.

Y es que nuestras democracias, de las que tanto nos enorgullecemos, hacen agua por doquier. En realidad nunca fueron el modelo ideal que nos presentaban nuestros libros de texto. La política de partidos no es mejor que la de un (buen) gobernante autocrático si tanto los individuos que los integran como aquellos que los votan no han aprendido a gobernarse a sí mismos en el mejor sentido ni se han entrenado en actuar libres de intereses personales. Más bien todo lo contrario pues, a las malas, como decía Stuart Mill, es más complicado deshacerse de

todo un partido que de un solo individuo. Eso suponiendo que la mayoría fuese inteligente, lo cual es realmente difícil que ocurra cuando lo que impera es la mediocridad. El mayor enemigo de una buena democracia es precisamente esa disposición de la mayoría a dejarse adoctrinar por cualquiera que tenga medios persuasivos suficientes y a aplaudir incluso a quienes consigan, de ese modo, anular su capacidad de juicio y utilizarla en su propio beneficio. Sin una educación del pensar, tan utópico será imaginar una democracia que no lleve integrado su propio material de combustión como la posibilidad de que Diógenes lograra finalmente encontrar a una persona íntegra entre la muchedumbre.

Sobrepasada, actualmente, por acontecimientos que demuestran, una vez más, la ilimitada maldad de los poderes y la hipocresía de quienes se someten a su imperio, dudo de que cualquier fórmula de convivencia superior que se proponga no sea una utopía. Y si quiero pensar que aún tiene sentido escribir lo que escribo, lo hago, sin embargo, con una amarga sensación de inutilidad, para un tiempo postrero en el que aquello que sobreviva deberá empezar de cero. Tiempos terminales.

Si escribo, pues, no es ya para que el agua envenenada pueda beberse sino, simplemente, porque es lo que sé hacer.

En Málaga,
a 14 de octubre de 2024